

INTEGRACIÓN REGIONAL Y POLÍTICA INTERNACIONAL *

Acción de los factores externos en todo proceso integrativo

IRIS MABEL LAREDO,
Universidad del Litoral

LA CARENCIA de una bibliografía adecuada y suficiente sobre los factores externos que condicionan e influyen a los procesos de integración regional junto con la importancia asignada a dicho tema constituye uno de los motores iniciales de nuestro interés por esta materia.

Nuestra tarea se circunscribirá al análisis de los poderes más concentrados y activos en la escena internacional, al tipo de influencias y a las zonas de interés en que éstas se ejercen, así como también, a los modelos de integración regional existentes y a la estrategia y tácticas para implementarlos.

Frente a la compleja temática objeto de nuestro estudio y por considerar que ella se ajusta más a la realidad mundial actual, optaremos por un enfoque sociológico de las relaciones internacionales. Visualizando básicamente la estratificación social en que ellas se desenvuelven.

Los principales objetivos que intentaremos cubrir con dichas investigaciones son los de detectar y profundizar todo lo relativo a los factores políticos externos que afectan a los procesos de integración económica, la evaluación de las tácticas más adecuadas para llevarlos adelante dado el medio ambiente condicionante, y asimismo, la importancia de determinar las metas y los actores que deben conducir dichos procesos.

Nuestra mayor preocupación a lo largo de esta investigación será la de proporcionar una visión lo más realista posible del problema y lo más ajustada al marco político mundial que invariablemente condiciona a todo proceso de cambio —sea éste regional o local. Con ese enfoque realista y universalista se intentará ofrecer una visión totalizadora y coherente del medio internacional en que se motivan y desarrollan los procesos de integración regional y local y, también, identificar las presiones y las acciones que se ejercen sobre cualquier proceso de cambio gradual y progresivo como lo es el de integración.

* La investigación sobre este tema fue iniciada por la autora en uso de una beca Kellogg obtenida en 1966 y fue llevada a cabo en la *School for Advanced International Studies* de la *Johns Hopkins University* y en el *Bologna Center* entre los años 1966 y 1968.

Uno de nuestros propósitos básicos, aún no enunciado, consistirá en utilizar la experiencia ajena para tratar de prevenir los errores cometidos por otras áreas integradas dado el proceso en marcha de integración latinoamericana.

El supuesto básico del que partiremos para la elaboración de dichas investigaciones podría sintetizarse así: la integración económica regional es un instrumento del desarrollo económico. El calificativo de instrumento que deliberadamente otorgamos al término integración, tiende a restarle el carácter de panacea para la solución de todos los problemas económicos que algunos le asignan y, simultáneamente, el de identificarla con una herramienta puesta al servicio del desarrollo.

Pero ¿cuáles son las principales justificaciones que nos llevarán a optar por dicho supuesto básico? En realidad, una constelación de factores, entre los que se destacan netamente los logros alcanzados por otros mercados regionales, sobre todo, por el Mercado Común Europeo y, también, por las integraciones operadas en el orden local, específicamente por las experiencias positivas de los "estados continente" —Estados Unidos y URSS. Estados ambos que por tener una economía de escala; un mercado suficientemente amplio; un sistema productivo eficiente; numerosas fuentes de trabajo; gran consumo y bienestar creciente han logrado un desarrollo acelerado, sostenido y progresivo a través del tiempo e inalcanzable para los estados menores.

¿Cuáles son entonces, los cambios generalmente esperados como consecuencia de la estructuración de un mercado regional ampliado? Fundamentalmente, una economía de escala con una eficiencia productiva inalcanzable para unidades menores; además, nuevas fuentes naturales de trabajo promovidas por una mayor producción y generadas a su vez por un aumento en el consumo y por un crecimiento del nivel de vida y del bienestar de la población.

Dada la vastedad del tema en cuestión, en este trabajo no aspiraremos más que a puntualizar algunos aspectos de fundamental importancia para contribuir así a la formación de un esquema lo más coherente y claro posible de los problemas políticos más destacados a considerar en todo proceso de integración regional.

La técnica que utilizaremos en este ensayo será la de establecer siete hipótesis o postulados que trataremos de probar posteriormente.

a) Existe una interdependencia creciente entre los factores externos e internos dentro de un marco internacional altamente estratificado. Llegamos al planteamiento de dicha hipótesis haciendo uso del enfoque básicamente sociológico de la realidad mundial. Con esta visión, intentaremos reemplazar al enfoque clásico que consideraba a los estados soberanos aislados y como individualidades con autonomía absoluta en sus acciones-reacciones propias, por un análisis concentrado fundamentalmente en el todo internacional estratificado donde se plantean y resuelven los problemas regionales y locales.

b) En todo proceso de cambio social tal como la integración por

ejemplo —que implica una alteración de las condiciones prevalecientes— los factores externos, especialmente los identificados con ciertas *élites* externas, ejercen una influencia decisiva en todo el proceso.

c) La integración regional es un proyecto político de corte reformista puesto que, aunque se lo califique de integración económica, supone una filosofía política y ciertos principios básicos tendientes a un fin predeterminado común que lleva a integraciones de base y de propósitos totalmente diversos. Como prueba de esto bastaría comparar la integración de la CEE, del COMECOM y de la EFTA, para llegar a la conclusión de que se trata de cosas básicamente distintas.

d) Los cambios socioeconómicos producidos por la integración se traducirán en un aumento de la capacidad de autodeterminación y del poder de negociación del área integrada, máxime en un estado de distensión internacional. O sea que, producido el fenómeno integrativo, el área integrada logrará una mayor estatura económica y una independencia política superior para expresarse como individualidad.

e) Existe una urgencia cada vez mayor de lograr la integración latinoamericana frente al desafío científico-tecnológico proveniente de las áreas más desarrolladas.

f) La sexta afirmación nos alertará sobre ciertos riesgos de prescripción histórica implícitos en todo proceso integrativo ante los que es necesario estar vigilantes. O sea, la necesidad de considerar problemas de oportunidad y de plazos óptimos para concretar este proceso y, paralelamente, la peligrosidad de dilatarlo indefinidamente so pena de provocar la utilización de otros medios de cambio.

g) La responsabilidad de la proyectada integración latinoamericana deberá concentrarse básicamente en manos de los científicos, técnicos y políticos latinoamericanos quienes en su acción deberán responder fielmente a los requerimientos de los pueblos de la región.

Enumerados así rápidamente los siete postulados sobre los que vamos a trabajar, empezaremos por analizar a cada uno de ellos en la forma más esquemática posible.

Respecto a nuestra primera hipótesis, la interdependencia creciente entre factores externos e internos en nuestra realidad internacional altamente estratificada, podemos puntualizar la inexistencia de sistemas políticos cerrados y el entrecruzamiento indudable de factores de todo orden en los procesos integrativos regionales y locales.

Al referirnos a la interdependencia creciente en la comunidad internacional de nuestros días no podemos dejar de afirmar que hoy, cualquier fenómeno —se trate de una revolución, una devaluación, o una integración— invariablemente hace sentir sus efectos sobre terceros estados.

Indudablemente, hay un proceso de interconexión creciente y constante entre los distintos sujetos que forman la comunidad internacional de nuestros días.

Por otra parte, caracteriza al sistema estratificado internacional, ade-

más de la coexistencia de superpotencias con potencias intermedias y estados menores, un deterioro y una degradación constante, con pérdida gradual de *status*, de algunos sujetos de esa comunidad internacional.

Con relación a esta última afirmación, vamos a citar algunas cifras confirmatorias del deterioro relativo y, en consecuencia, del ensanchamiento de la brecha que divide a los pueblos de desigual grado de desarrollo.

Por ejemplo, antes de la Revolución Industrial, el ingreso anual *per capita* de los países más atrasados era de 50 dólares y el ingreso de los más desarrollados era de 200 dólares. Había entonces una relación de 1 a 4 entre unos y otros. En 1968 este deterioro es mucho más visible, por cuanto los países más atrasados siguen teniendo 50 dólares anuales *per capita*, mientras que los más industrializados alcanzan ya 3 500 dólares promedio, o sea, que la relación crece de 1 a 70. En un estudio prospectivo elaborado por Kahn y Wiener para el año 2 000, los países más subdesarrollados continuarán teniendo 50 dólares anuales *per capita* mientras que las naciones que ingresen a la fase post-industrial del desarrollo fluctuarán entre los 4 000 y los 20 000 dólares. O sea que la relación para el año 2 000 aumentará de 1 a 400 y con ella crecerá el grado de desigualdad entre los pueblos.¹

Esto indudablemente nos marca la proyección de un *deterioro cada vez más creciente* y agudo para el futuro mediato, lo que llevará implícito una *degradación* inevitable de las unidades menos desarrolladas.

En el caso de América Latina, se observa un deterioro generalizado, en el que los estados no han logrado desenvolverse individualmente como para alcanzar la madurez económica y tecnológica de otras áreas. Y así, mientras que otras regiones avanzan velozmente, América Latina se mantiene, esto es: *retrocede*, desde un punto de vista dinámico y relativo.

En lo que a desarrollo económico-tecnológico-científico se refiere, América Latina parece aumentar su grado de dependencia con relación al exterior, lo que en la práctica conduce a que los factores extranacionales puedan operar sin mayores contrapesos en el ámbito político nacional.

Y como sabemos, la dependencia económica se traduce en dependencia financiera, tecnológica y política.

Inclusive podríamos establecer la siguiente relación directa: a mayor deterioro, mayor grado de dependencia y mayor dificultad para controlar las influencias y presiones externas.

Dado el medio internacional en que vivimos, con predominio creciente de ciertas *élites* externas, no podemos perder de vista la existencia del sistema estratificado internacional que condiciona e influencia a todo proceso integrativo, máxime en aquellas áreas que como la nuestra acusan un alto grado de dependencia.

¹ Citado en: Gustavo Lagos, *El desafío norteamericano, la experiencia europea y la oportunidad latinoamericana*, INTAL. Buenos Aires, (mayo de 1968) pp. 24-5.

b) Nuestra segunda hipótesis tiene relación con los efectos indudables que ejercen los factores externos en la orientación y conducción de los procesos de cambio social, sean éstos regionales o locales. Por lo que nos veremos en la necesidad de volver a enfatizar el hecho indicativo relativo a que a mayor grado de dependencia es de esperar una mayor influencia.

En realidad, esta afirmación es demasiado obvia para exigir un largo análisis, por lo que nos limitaremos a señalar que, en cualquier proceso histórico, sea el de la independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata, sea el de la independencia norteamericana, sea el de la unidad italiana, sea el de las integraciones económicas de Europa Occidental u Oriental, los factores externos siempre han desempeñado un papel decisivo.

En el caso de la integración económica europea, no se puede negar el papel primordial desempeñado abierta y visiblemente por Estados Unidos en su finalidad de crear las condiciones adecuadas de contención del comunismo soviético y de incorporación de Europa Occidental al proceso de defensa y de expansión económica del mundo atlántico.²

En la construcción del COMECON la acción directa de la Unión Soviética ha sido también evidente. En efecto, en 1949 la Unión Soviética como reacción contra el Plan Marshall y la Organización Europea de Cooperación Económica y frente a algunos intentos de desintegración del bloque, creó un Mercado Común Comunista sobre bases complementarias y adecuándose a las autarquías económicas nacionales preexistentes.³

En el caso de América Latina, la acción de Estados Unidos ha sido también bastante decisiva. En un comienzo y hasta 1960 más o menos, Estados Unidos se manifestó favorable a una integración interamericana, que lo incluyera como parte. En ese entonces pretendía que toda América se constituyera en una unidad económica y formara una gran zona de libre comercio.⁴

Sin embargo, en 1960, y ante el peligro emergente de la inestabilidad política y del descontento económico-social de la región, Estados Unidos

² Miriam Camps, *European unification in the 60's. From the veto to the crisis*. Me Graw Hill Books Comp, Nueva York 1966, pp. 235-8.

Ernest Haas, *The uniting of Europe*, Stanford University Press, California 1958, pp. 67-9 y 92-3.

³ En este punto conviene señalar, que por encima de las autarquías nacionales en lo económico se halla la organización verticalizada del Partido Comunista que en última instancia decide y orienta toda política práctica —incluida la de integración regional.

Kazimierz Grzybowski. *The socialist commonwealth of nations. Organization and institutions*. Yale University Press, New Heaven 1964, pp. 65-6.

Michael Kaser, COMECON. *Integration problems of the planned economies*. Oxford University Press, Londres, 1955, pp. 9-11.

⁴ Miguel S. Wionczec. "Estados Unidos de América ante la integración de América Latina". *La integración económica de América Latina*. México, Banco Nacional de Comercio Exterior, 1963, pp. 409-12.

OEA, *La integración de América Latina y el sistema interamericano*. Departamento de Asuntos Jurídicos de la OEA, Washington 1966, pp. 5-12.

cambió poco a poco su actitud tradicionalmente tutelar y paternalista y giró su conducción política hacia rumbos más acordes con la época, comenzando entonces su acción gradual y progresiva en favor de una integración económica latinoamericana.⁵

Indudablemente que existen muchas otras motivaciones generadoras del cambio de actitud de Estados Unidos frente a América Latina. Hasta ahora sólo hemos citado una, la relativa a las causas promovidas por la inestabilidad interna de la región que presionaron para el viraje de conducción de la política tradicional de ese país. Sin embargo, no podemos eludir la mención de la ejemplificadora experiencia de la Europa del Mercado Común, que para Estados Unidos constituyó el mayor éxito de su política exterior de postguerra, y una tentación de probarla en otras áreas.

En conexión con lo anterior diremos que, el Mercado Común Europeo, generador de un desarrollo acelerado y sostenido en toda la región y que inclusive llegó a convertirse en el mejor cliente y en la mejor zona de inversión para Estados Unidos, motivó la acción de los sectores

⁵ En prueba de esto, me voy a permitir citar algunos párrafos escritos por profesores y políticos norteamericanos en los que se podrá apreciar el estado de conciencia imperante después de 1960 o, más concretamente, como consecuencia de la revolución cubana.

Edwin Lieuwen en su obra: *La política de los Estados Unidos en América Latina*, editada en 1965, afirma lo siguiente: "el actual viraje hacia la participación internacional en la política exterior de un país manifiestamente aislacionista a lo largo de toda su vida independiente, es una prueba más de los efectos de los factores externos en la conducción de la política nacional —de los que ni aun las superpotencias pueden librarse. A partir de la segunda Guerra Mundial, Estados Unidos fue presionado por factores externos fácilmente identificables y se transformó en una élite externa favorable al cambio progresivo en determinadas zonas para evitar cambios revolucionarios y pérdida de áreas de influencia.

En el ámbito latinoamericano, la Revolución Cubana indudablemente operó como factor externo modificador de la política tradicional de Estados Unidos en la zona, forzándolo a desarrollar un nuevo tipo de política exterior más favorable al desarrollo económico-social para prevenir nuevos cambios violentos o acción subversiva en otros estados de la región.

Paralelamente, se han dado a conocer una serie de manifestaciones similares formuladas por el Presidente Johnson acerca de la urgencia de la integración latinoamericana, quién en 1966 se expresaba así: "aceleremos el paso, el tiempo no es aliado nuestro". Y en 1967, declaraba a los próximos diez años "el decenio de la urgencia". *Discurso del Presidente Lyndon B. Johnson en el 5to. aniversario de la Carta de Punta del Este, Washington (agosto 1966) OEA, Reunión de Jefes de Estados Americanos, Punta del Este, abril 1967, Washington, 1967, pp. 207-8.*

Por su parte, el Embajador Norteamericano ante la OEA, Sol M. Linowitz, alerta a su país sobre los riesgos que se correrían en caso de no promover un cambio acelerado y sostenido en la región para evitar las explosiones que son de esperarse en un continente básicamente joven —donde las $3/5$ partes de su población tiene menos de 24 años— y, en consecuencia, no está dispuesto a esperar sino que exige cambios rápidos. Frente a esta emergencia Estados Unidos tendría dos opciones, según opinión del Embajador Linowitz: promover la evolución de la región o, en su defecto, tener que presenciar a corto plazo su revolución. Sol M. Linowitz, "Reflections on the Interamerican Conference of Chiefs of State" *Boletín del Departamento de Estado* Núm. 1454 Washington, (mayo 8, 1967) pp. 729-31.

de interés norteamericano en favor de un proceso similar para América Latina.

Entre otra de las razones enunciadas como motivadoras del cambio de conducción política operado en Estados Unidos respecto a América Latina, mencionaremos a las relativas a la política internacional, que habría llevado a ese país a intentar recuperar el prestigio perdido en otras zonas y, también, el ofrecimiento de un modelo de integración viable dada la realidad imperante en el área. Algunos afirman inclusive que estas últimas son las causas más evidentes del interés creciente de Estados Unidos por lograr una integración económica inmediata para nuestra región.

Al respecto, el autor norteamericano Joseph Reidy nos dice, que la política exterior de Estados Unidos en lo relativo a integración regional tiende a estructurar un gran triángulo atlántico, y que dicho triángulo estaría constituido por tres lados: uno de ellos Estados Unidos, el otro la Europa del Mercado Común y el tercero América Latina. Que ese gran triángulo proporcionaría una mayor estabilidad y una mayor consistencia a todo el bloque occidental. Que la materialización de la construcción de tal triángulo atlántico podría verse a través de la creación de ADELA —Compañía de Inversiones y Desarrollo de la Comunidad Atlántica para América Latina— propuesta por el Senador Republicano por Nueva York, Jacob Javits en 1961 y en funciones desde 1963.

Según opinión de Reidy, ADELA —constituida con capitales americanos y europeos y tendiente a promover la inversión y el desarrollo de la región— sería el instrumento del triángulo.⁶

Por otra parte, el surgimiento de un dirigente político de la envergadura del Presidente Kennedy también contribuyó apreciablemente al cambio de conducción iniciado en 1960.

Entre los hechos concretos ocurridos a partir de 1960, e indicativos del cambio aludido, nos limitaremos a señalar los más significativos: la firma del Tratado de Montevideo en enero de 1960, del cual surge la ALALC; la Alianza para el Progreso en 1961, inspirada en el Plan Marshall; la asistencia preferencial al Banco Interamericano de Desarrollo (BID), que se constituiría en el Banco de la Integración Latinoamericana; el surgimiento de una política norteamericana de corte multilateralista para la región, etc.

Nuestra tercera hipótesis insiste en el carácter político de todo proyecto integrativo y la necesidad de elaborar una estrategia especial que posibilite la adecuación de los medios preexistentes a los fines perseguidos. Ésta es sin duda otra afirmación de fácil comprensión, ya que resulta claro que detrás de cualquier acción económica o social haya una filosofía y que esta filosofía contenga a su vez un objetivo político.

Por otra parte, en realidad no conocemos ningún tipo de estrategia económica o política sin conducción y sin conductores. En consecuencia, el predominio de unos actores sobre otros necesariamente se traducirá

⁶ Joseph W. Reidy, *Strategy for the Americas*. Nueva York, 1966, pp. 1-13.

en la modificación de la orientación y del contenido de la integración. En efecto, entre los protagonistas externos, representados generalmente por las grandes potencias o por los organismos internacionales, y entre los factores activos internos, representados por los sectores empresariales u obreros burocráticos o intelectuales, predominan tipos de intereses y objetivos diferentes, por lo que la preponderancia de unos sobre otros imprimirá una tónica también diversa al movimiento integrativo.

Por lo demás, existen diversos modelos de integración con diferentes grados y dimensiones de sus mercados. Así es que, la elección de los modelos, grados y dimensiones óptimas de integración para una realidad político-social determinada también implica una decisión política.

Entre los problemas claves y previos más importantes a resolver antes de proceder a la integración de nuestra región, debemos señalar los siguientes: la inversión extranjera, la política científica y tecnológica y "la brecha gerencial".⁷

En realidad uno de los problemas que debemos plantearnos y tratar de resolver sin dilación es el relativo a la superación de la profunda diferencia de capacitación técnica y organizativa existente entre el empresario latinoamericano y el de países industrialmente más avanzados. En la práctica, ¿cuáles serían las alternativas que se nos ofrecen para solucionar esto que algunos han coincidido en llamar "la brecha gerencial"? Entre las respuestas a esta interrogante algunos han optado por la fórmula de incorporar empresas norteamericanas a América Latina, mientras que otros se han inclinado más bien por la incorporación de tecnologías americanas a la región y, por fin, otros se han mostrado más partidarios a organizar empresas de tipo multinacional, mixtas, etc.

En general, los empresarios norteamericanos entrevistados no se han manifestado muy interesados en invertir en empresas latinoamericanas, sobre todo en ciertas líneas industriales como la automotriz, petroquímica, etc. Esta resistencia se deriva de una convicción bastante generalizada en ese medio acerca de la incompetencia y de la inmadurez empresarial del hombre latinoamericano.

Respecto al tipo de tecnología a incorporar a la región, también habría que decidir si es preferible optar por una tecnología de primera o de segunda clase. Si la opción fuera por lo segundo, habría que prever cuál sería la reacción del científico y del técnico latinoamericano, ya que esto podría motivar una huida mayor que la actual de cerebros al exterior en búsqueda de centros de investigación y de trabajo de primera clase. Esto sería, sin lugar a duda, otro de los grandes problemas estratégicos de la integración latinoamericana.

De acuerdo con nuestra cuarta hipótesis, operado el cambio socio-económico producido por la integración, el área integrada conquistará una mayor capacidad de autodeterminación y un mayor poder de negociación. En este punto nos vamos a limitar a citar el ejemplo de

⁷ Gustavo Lagos, *op cit.*, p. 7.

Francia, que una vez superados los problemas de dependencia generados por la guerra y los de atraso derivados de su estructura económica anticuada y básicamente agrícola, al cabo de diez años de integración, se ha transformado en un país con aspiraciones y exigencias nacionales incontenibles y en conflicto con su antiguo protector, los Estados Unidos de América.

En lo internacional, la posición de la Francia de la V República giraría de "atlanticista" a "europeísta" poniéndose de frente y contra Estados Unidos, personificando al tutelado que se rebela a su tutor. Ésta es en realidad la situación creada por la Francia Gaullista y después de haber recibido los enormes beneficios generados por el Mercado Común Europeo.⁸ Por nuestra parte, nos parece improbable que esta posición se hubiera podido generar en una Francia estado-nacional, aislada frente a las superpotencias que orientan y controlan las relaciones internacionales de nuestro tiempo.

Mediante su antiamericanismo, De Gaulle ha intentado constituirse en el conductor de la Europa de los seis para desplazar así al liderazgo ejercido de hecho por Estados Unidos en esa región. De este modo, su difundido *slogan*: "Europa del Atlántico a los Urales" se ha convertido en uno de sus lemas favoritos de enfrentamiento con el exprotector.

Indudablemente que han habido errores capitales de conducción política de los Estados Unidos frente al proceso de integración europeo, lo que naturalmente ha generado reacciones *a posteriori*. Por una parte, cabe señalar la interferencia excesiva respecto al modelo de integración recomendable para Europa.⁹ Por otro lado existió una subestimación norteamericana respecto a las reacciones europeas a mediano y largo plazo. En efecto, no se previó que en lugar de lealtad incondicional al asistente se podría virar hacia una oposición sistemática a cualquiera de sus sugerencias. Los americanos cometieron el error de concebir una relación de tipo estática en la que se daría una coincidencia absoluta y permanente entre los intereses y objetivos americanos y los europeos.¹⁰

Frente a estos hechos, no podemos sino calificar de simplista la posición de Estados Unidos, por apoyar primero la integración y el des-

⁸ Iris Mabel Laredo, *American Policy towards European Integration*, SAIS, Washington, Mayo, 1967, pp. 10-19.

⁹ Los norteamericanos, orgullosos de su sistema político interno, se empeñaron en exportar su federalismo al movimiento integracionista europeo y Jean Monnet —uno de los teóricos integracionistas europeos más activos— levantó la bandera federalista que fue combatida por numerosos nacionalistas desconfiados de la dependencia externa que ello podría suponer. Ejemplo de ello es la consideración del Gaullismo acerca de que todos los federalistas eran implícitamente anti-europeístas y pro-americanos. Incluso la propuesta norteamericana favorable al ingreso de Gran Bretaña al Mercado Común Europeo, provocó una manifestación agresiva de parte de los Gaullistas, quienes afirmaron que Inglaterra en caso de incorporarse al Mercado Común Europeo no personificaría sino al "caballo de Troya" de Estados Unidos en Europa Occidental. Altiero Spinelli, *The eurocrats. Conflict and crisis of the european community*. The Johns Hopkins Press, Baltimore, 1966, pp. 39-43.

¹⁰ Iris Mabel Laredo, *Economic integration and political unification*. SAIS, Washington, 1967, pp. 4-10 y 18-25.

arrollo económico europeo y sorprenderse después cuando aparecieron manifestaciones de independencia en algunos miembros de la región. Puesto que parece perfectamente natural que el protegido trate de reemplazar al protector cuando se modifican los elementos condicionantes de tal dependencia.

En la práctica, la autosuficiencia y el desarrollo acelerado de la comunidad económica europea promovieron su autodeterminación política y una mayor individualidad en su política internacional. Así, en momentos de distensión internacional el "europeísmo" ha terminado por anteponerse y por enfrentarse al "atlanticismo" de la posguerra.

Nuestra quinta hipótesis plantea la urgencia de la integración latinoamericana como medio de lograr una mayor estatura económica y un mayor poder de negociación y prestigio para el área.

El estudio prospectivo para el año 2000 elaborado por Kahn y Wiener y mencionado al comienzo de este trabajo, nos convenció aún más acerca de la urgencia requerida por este proceso. La brecha creciente entre el mundo desarrollado y el subdesarrollado y la explosión demográfica de América Latina y agregado el atraso científico-tecnológico en que nos estamos desenvolviendo, nos lleva a un retroceso relativo evidente. Tenemos pues que construir algún mecanismo que nos permita un desarrollo regional acelerado y esto sólo parece posible a través de una integración planeada al servicio de la comunidad latinoamericana.

Indudablemente que existen dificultades de todo orden para integrar a la región. Razones de raíz geográfica, económicas, políticas, de intereses contrapuestos, de desconocimiento recíproco, provenientes de presiones externas, etc., se oponen a ello. Además, carecemos de una conciencia generalizada acerca de las ventajas de la puesta en práctica de este proceso, y también, de un dirigente integrador en la región. Entre las dificultades de tipo económico mencionaremos el desigual desarrollo económico entre los países componentes del área, el carácter complementario y no competitivo de sus economías, el descenso del monto de inversiones extranjeras en la región, etc.

Nuestra sexta hipótesis establece la prescripción histórica de la integración. Éste ha sido en realidad un concepto vertido por el presidente del Banco Interamericano de Desarrollo. En efecto, el señor Felipe Herrera ha manifestado en diversas ocasiones que la integración latinoamericana tiene un plazo limitado para concretarse y que, por tanto, debe hacerse dentro de ese plazo so pena de perder vigencia como solución a los problemas urgentes del área.

En relación con este mismo punto conviene recordar la declaración de los Presidentes Americanos reunidos en Punta del Este en abril de 1967, oportunidad aquella en que se fijó el año 1985 como fecha tope para la realización de la integración latinoamericana.¹¹

¹¹ OEA, *Reunión de Jefes de Estados Americanos. Punta del Este 1967*. Washington, 1967.

Observamos que tanto los funcionarios internacionales, como el presidente del BID, al igual que algunos políticos y hombres de empresas norteamericanos han insistido reiteradamente en la urgencia y perentoriedad de los plazos para integrar a Latinoamérica. A lo anterior, algunos han agregado inclusive que el fracaso de este medio de solución podría generar la elección de otras vías tendientes a operar el cambio deseado.

Respecto al cambio violento o revolucionario sugerido por algunos como único medio de romper el letargo y sacar así a América Latina del atraso en que se debate, nosotros nos permitiríamos opinar que frente al avance tecnológico-científico y al monopolio del poder, concentrado en manos de las superpotencias y operante en las áreas de influencia; no vemos otras vías de cambio social autónomo para nuestra región excepto la de integrarnos, consolidarnos y, después, negociar en condiciones más favorables que las presentes.

Por nuestra parte, consideramos que con cambios violentos, con la ruptura del orden preestablecido, no se resuelve el problema del subdesarrollo, ni las graves crisis sociales que aquejan a nuestra región. Para lograr esto habría en realidad que resolver el problema de la innovación tecnológica y científica —hoy concentrada en los centros mundiales de poder— e indispensable para lograr un desarrollo acelerado y sostenido; superar la brecha gerencial que nos impide adecuarnos a las nuevas técnicas productivas y organizarnos más eficientemente; adaptar nuestros sistemas educativos a las nuevas realidades; lograr una estabilidad político-institucional que nos permita planear a mediano y largo plazo, etc.

Dada la realidad internacional presente, sobre todo después de los últimos acontecimientos mundiales que han sacudido el estado de relativa coexistencia pacífica en que vivíamos, estamos convencidos de la pérdida de vigencia de los movimientos revolucionarios nacionalistas con pretensiones de independencia de las presiones e influencias externas. Tampoco la política de nacionalizaciones se ha mostrado muy satisfactoria en nuestra región. Pensamos que ni con las revoluciones, ni con las nacionalizaciones se resuelve el problema de la dependencia tecnológico-científica que es uno de los factores claves del desarrollo y de la autodeterminación de los pueblos.

En consecuencia, debemos reflexionar acerca de que no son ya los elementos emocionales los que resuelven los problemas de atraso, miseria, enfermedad, analfabetismo, etc. No son soluciones ideales las que van a llenar los vacíos que hoy nos afligen, sino soluciones muy concretas y realistas.

El desarrollo espectacular de Estados Unidos, la Unión Soviética, Japón y Europa Occidental ha dejado al resto del mundo prácticamente separado por una brecha insalvable y que no podemos dejar de ver y evaluar. En América Latina, la incorporación de tecnología y de financiamiento adecuados a nuestras exigencias más inmediatas nos

llevará a recurrir a las fuentes preexistentes, ya que carecemos de los medios apropiados en la región.

En síntesis, entendemos que cualquier proceso de cambio social que tienda a promover un desarrollo acelerado y sostenido en la región con el fin de superar este deterioro ya insostenible en que vivimos, nos llevará a requerir la asistencia externa, llámese Banco Interamericano de Desarrollo y/o Corporación Financiera Internacional, por ejemplo. Llámese Estados Unidos y/o Unión Soviética y/o Mercado Común Europeo, etc. De uno u otro o de varios simultáneamente. Pero, indudablemente, de esas fuentes tendrá que venir la tecnología y los recursos que necesitamos. Y otra cosa más todavía, debemos tener bien presente que la tecnología en general no se halla en manos de organismos internacionales o regionales, la tecnología más avanzada sigue estando en manos de estados nacionales que operan como centros de fomento de la investigación e innovación científica.

En realidad, el ritmo de adopción de decisiones políticas sigue siendo extremadamente lento en América Latina. Mientras que en Estados Unidos y en la Europa del Mercado Común se nota un giro apreciable en favor de la integración latinoamericana, entre los mismos latinoamericanos todavía se observa oposición y resistencia frente a este proceso.

La historia más reciente pareciera demostrarnos que la integración regional es una resultante de impactos político-sociales-defensivos de tal magnitud, que contribuyen a remover los obstáculos que generalmente se oponen a toda unificación de criterios y a todo cambio.

Para terminar, y en concordancia con nuestra séptima y última hipótesis, diremos que personalmente creemos que el tipo de integración, como instrumento de cambio a construir en nuestra región, debe ser responsabilidad exclusiva de los expertos en ciencias sociales latinoamericanos, que deberán tratar de elaborar con rigor y seriedad un modelo adecuado a nuestras realidades; de los políticos, que deberán prepararse para darla a conocer y negociar con habilidad; y de los técnicos, que se encargarán de demostrar su factibilidad y los beneficios de su implementación. Simultáneamente, la Comunidad Latinoamericana deberá estar convencida de los beneficios que le aportará este proceso a los efectos de prestarle todo el apoyo requerido por una empresa de tal envergadura.

Pensamos que sólo si Latinoamérica, a través de sus hombres más y mejor preparados, decide firmemente dejar atrás su pasado de espectadora y transformarse en protagonista activa de su futuro, intentando un cambio gradual y progresivo al servicio de toda la comunidad regional, podrá aspirar al sitio de privilegio que les está reservado a aquellos que explotan sus potencialidades naturales y humanas.